No existo por otra razón

Lorenzo Arabí

No existo por otra razón

Lorenzo Arabí

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2024
©Lorenzo Arabí, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-00-4
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL:M-6474-2024

Dedicado a quienes comprenden que construir pirámides
en un desierto es decirle que sí a lo posible.

Uno

Una bolsa azul colocada cuidadosamente sobre un sillón.

Mientras, los cristales de la ventana dejan pasar nostalgia, derramada como si fuera un tinte otoñal. Un rojo ocre, entristecido con jirones de nubes. La bolsa no es triste por sí misma, son los recuerdos encerrados en ella, y quizá tampoco: son remembranzas en su mayoría apacibles. Dibujan con el iris y el sol bailes mojados. La lejanía las impregna de vida de otros. Aun siendo muy suyas, auténticamente suyas, ya que no ocurrieron sin sentir. La bolsa no deja de palpitar, el nudo es su garganta. Miriam la dejó para respirar en el balcón, aspirar el aire caliente, e intentar relajarse. Allá abajo sigue la imagen ausente del coche de Santiago, mal aparcado sobre la línea amarilla descolorida del suelo, al que se llevó la grúa en bastantes ocasiones. El ciego que vende el cupón levanta su nariz, intentando adivinar qué tipo de persona ha pasado a su lado. La sonrisa diluida de una mujer escuchando a otra explicar alguna cosa. Sigue todo igual, no ha debido de ocurrir nada, la calle es la misma, aunque tenga otro matiz. Su mirada salta, escamoteando la masa, para localizar peculiaridades en ese océano homogéneo. Un perro ladrando dispersa a los viandantes, como una roca en medio de un cauce. La tarde es ardiente, un horno sin llamas. Es junio, espera las plenas vacaciones, y con ellas el trasiego con los alumnos de una excavación a otra, el sol abrupto y bifronte de la meseta, o como el año pasado el sol velado e inane de un valle enfilado al mar. Sudaron como nunca. Sus recuerdos se mezclan y diluyen, no los coloca en su fecha, es una mujer del presente, y del futuro inmediato. Y por eso la bolsa debe desorientarla con imágenes confusas. Se pierde entre la multitud de esta calle bulliciosa, queriendo alejarse, con alguna vida sonriente y andar tranquilo, para no enfrentarse al pasado. Querría enterrarla, como lo está Santiago. Cuando se entierra a un ser

querido, vuelven los recuerdos, y sobre todo los remordimientos. Son las cuentas insatisfechas. Cualquier discusión absurda, como suelen ser, aborda al arrepentimiento con su pesadumbre. Trasto inubicuo de hilvanada sombra, inconsútil sendero. Los baúles en los que encerramos las sombras son de hilo débil, de falsa cerradura. Miriam deslía con la bruma del tiempo su dolor en la boca del estómago, acostumbrada a esconderse, a mirar hacia otro lado en cuestiones de sentimientos. La bolsa es la portadora de unos objetos, segunda piel de Santiago: un reloj, una sortija sencilla de plata, en la cartera la foto, seguramente de ambos, sonriendo, nunca se la hicieron besándose. Y la famosa libreta de tapas verdes arrugadas. De la que nunca se apartó. La llevaba consigo hasta en lugares desaconsejables para el papel. Cuando fueron, pocas veces ocurrió, a la playa, la introducía en una bolsa de plástico hermética, aunque nunca se bañó, lo hacía para que no le entrase arena, y salvarla de salpicaduras. No se la dejó leer a nadie, que ella supiese. Moraba en la interrogación perenne de todos los que lo conocíamos. Terminamos por no preguntar, e incorporarla a la cotidianeidad como un elemento más.

Si Miriam abre la bolsa azul, soltando el nudo endeble, el abismo de un pasado oscuro podría abrirse, o ese es su miedo. Solía escribir en la libreta sin un método fijo, siempre fuera de la vista. A ella le exasperaba. Muy pocas veces logró verlo en ese trance herético y hermético. Siempre sin que él lo supiese. Su cara se desfiguraba, sus gestos vagos y encrespados hacían ostensible un numen interior, irradiante, y posesivo. Por eso no cree que fuese un diario, o una colección de ideas para su escasa creación literaria. ¿Tendrá acaso un significado profundo?, ¿o baladí? Delante de ella acomodada en el sillón tiene la respuesta, agrandada por la lejanía que confiere el plástico azul, el nudo, y sobre todo la duda. Fue amarrada por manos ajenas, las propias no son capaces de dejar libre todo un orbe aprisionado.

Las líneas del horizonte vistas desde el balcón, al final de los dos finales de la calle, dependiendo de por donde se la empiece, son amanecer la una, atardecer la otra, en este momento un rojo de hilos ovillados despide al día. Miriam acude al sueño como refugio, al mullido vientre, dejará para mañana la decisión: abrir la bolsa o no.

La bolsa la cargaron con eso que llaman pertenencias personales. Colección de objetos apegados a una vida, y que resultan muertos sin su significado, y sin ambicionar comprender aquello que les insufló importancia, indispensables no para nuestra felicidad, sino para no sufrir su contraria. Es imposición admitida. Cuando empezamos a dejar atrás el estado de reflexión, los cambiamos, como hace un fumador poniéndose parches, por una algarabía de objetos brillantes con los que repletamos nuestros nidos. Nos comportamos como cuervos. Necesitamos depender. Necesitamos que un ente superior nos diga que hacer. Eso sí, mucho mejor si nos induce a creernos seres autónomos que toman sus propias decisiones. Es la segunda, por ponerle un número, vuelta de la tuerca. Luego soñaremos con un nido más grande para nuevamente llenarlo, si podemos. Las cosas son exclusivamente eso. Santiago se fue sin ellas. Uso el verbo ir, aunque Santiago, como todos en esa coyuntura no se vaya a ningún sitio. Siempre ha sido nuestra esperanza, nuestro deseo, la libertad del que anda sin lastre, sin caminos. Lo deseamos. En esta vida no somos capaces, y creemos que más allá cambiaremos, hasta ser valientes, y nos enfrentaremos con la veleta, con la incertidumbre de lo eterno. Aunque lo únicamente cierto, lo único sólido, es lo que tenemos delante, detrás, a los lados, lo palpable como diría cualquiera, lo que se deja tocar, lo que se nos acerca, las circunstancias, las sensaciones que nos inducen. Y no esos fantasmas, objetos que nos nublan el objetivo, lo verdadero, cayendo ante nuestros pasos nos detienen. Deberíamos «ir» ahora y no esperar futuros volátiles con materias que se degradarán en la memoria y se pudrirán en una esquina cualquiera de la tierra.

Las decisiones no se aplazan, Miriam, se levanta diciéndose. La mañana es débil todavía, aún se parece a la noche. La bolsa la mira apoltronada, adormilada, desde el fondo del sofá. La raya negra entre el respaldo y el asiento parece el horizonte sin Sol de antes de amanecer, en el cielo empieza a verse el azul, un azul anudado. Un nudo estanco. Acero rasgando el espejo de esta rada. Tarazas arrancando la flotabilidad a la madera mojada. Los agujeros dejan pasar el agua salada, pero siguen impenetrables para su voluntad. Llora no sabe el porqué. Sí lo sabe, no quiere aceptarlo. Esa bolsa no le pertenece. Es

su contenido incongruente, que si lo lanzase lejos, o al cubo de basura, desaparecería sin dejar huellas.

Una losa en su arrepentimiento. Pero qué importancia tendría. Una losa abarcando la visión de una mujer, que es pequeña y sensible, un socavón de oro, enterrado bajo risas sardónicas. Una losa de tantas. De los millones que asolan las calles haciendo a los seres que las pueblan andar sin aparente rumbo. Saltan los hoyos que exclusivamente ellos ven. Sus rostros se parecen a la confusión, su andar es la penumbra, se enredan con su sombra, que los persigue por el suelo. Todos tenemos una, no la conseguimos esconder. El juego consiste, en que ella no nos esconda a nosotros. Intentar no ser una sombra de la sombra, una imagen reflejada, un títere colgado de hilos. Es sólo un juego, pero en ello nos va la vida.

Anudó la bolsa un muchacho joven. Hace poco que trabaja dando el pésame, y demás encargos auxiliares en el tanatorio «no lo sabe, pero son los más importantes, sustentan los demás», daba la impresión de ser inexperto, miraba hacia abajo, y luego atropelladamente decía, como leyendo, para terminar pronto, palabras de consuelo que no consuelan, de obligado soltar en estas ocasiones. Con la experiencia aprenderá que las palabras se deben comprender antes, sin embargo, no es necesario sentirlas, es mejor no hacerlo. Ya le tocará sufrir por cuenta propia. También deberá perfilar la expresión del cuerpo, si decide seguir trabajando en esto, por ahora no parece muy convencido. La acompañó a la sala donde yacía Santiago, dejándola sola, no había nadie más. No reconocía al hombre con el que compartió su vida, se había transfigurado en un objeto de los que se desapega con facilidad. Él era palabra, movimiento, disputa flemática, era un hombre apasionado con apariencia de hielo y hastío para el que no lo conocía. Un hombre de queja continua, o crítica según el humor con el que anduviera. No estaba allí por más que mirara a ese cuerpo pálido, se abatió sobre una silla de metal con cojín de fieltro rojo, en glúteos y espalda. Estuvo allí toda la noche, básicamente recordando. Llegaron durante la vigilia algunos compañeros del trabajo. Santiago no tenía familia cercana desde hacía algunos años, tampoco amigos. Se le aproximaban, y le hablaban de Santiago, de lo bueno que era, al poco se marchaban cuando no tenían más que decir sobre él. Ella tampoco

buscaba temas de conversación. Hasta que se quedó sola en silencio, con desmayos de presente. Echaba un vistazo, cuando se acordaba que estaba haciendo en aquel lugar, a la caja donde no yacía Santiago.

Miró a su alrededor, y se apercibió que había alguien más en la sala, a su lado, la bolsa azul también sentada la miraba con ojos sin ojos, breves, imprimiendo al momento un tono solemne y a la vez inquieto, se le notaba con impaciencia por irse, no estaban haciendo nada, ni siquiera compañía a un cuarto silencioso de moqueta verde. La miraba como un perro recién huérfano y perdido. Salieron juntas a la calle, era de día, agarradas de las manos, unidas. Miriam no fue capaz de ir al entierro de Santiago, no avisó a los suegros de Santiago, es decir sus padres, lo querían mucho, más que a ella, los llamaría cuando hubiese acopiado fuerzas. No quería presenciar el hundimiento del ataúd y menos el suyo propio sino se alejaba de aquel sufrimiento callado. Santiago se había ido, ya no podía despedirse. ¿Por qué presenciar el descenso de una caja y un cuerpo?, es decir de la nada, del vacío, que no podría ya rellenarse ni taparse. No habría nadie en aquel cementerio que lo llorase, nadie se merece que lo despidan.

Las pestañas cóncavas del Sol asoman raspando el azul. Desayunará primero. Aunque no tiene hambre. Intenta alargar el tiempo, pensando excusas para dárselas a sí misma. La bolsa es un sacrílego turíbulo dando aroma al salón. Sentada en el lugar de Santiago, incluso a la luz trastorna. Igual que a la disposición interna del cuarto, cuya alma se transmuta en espasmos del tiempo, rociando a la letanía palpitante con un ritmo diferente. Los segundos que marca el reloj son un corazón que impulsa al silencio por todos los rincones. Acaba de darse cuenta, la sentó como si fuese él, en su lugar favorito, donde leía o simplemente observaba a través de la ventana las vidas pasar, como hizo ella anoche. Nuestros actos, que a veces los creemos cargados de aleatoriedad, alcanzan derroteros aprisionados por nuestras vivencias, sin quererlo. Faltan las palabras, los calificativos, que ella misma estaba buscando, y no le salen por no ser ducha en ellos. Santiago daba nombre, expresión, e historia a un andar. Dependiendo del tipo de paso, su longitud, linealidad, simetría, colocación del pie al impactar con el suelo «de talón, de dorso del empeine…», exponía su supuesto. Un día, cansado de que Miriam no creyese lo que le decía,

bajaron haciéndose pasar por entrevistadores. Hicieron una encuesta a la mujer retratada hacía un momento mientras la observaban desde el balcón. Es usted casada: No, divorciada. Hijos: Ninguno. Tipo de trabajo: secretaria. Televisores en su casa: Tres. Teléfono móvil. Tres. Vino o cerveza: Ginebra… Cómo se definiría, feliz, del uno al cinco: Tres. Edad, no se preocupe, se mantendrá su anonimato: Treinta y tres. Nos daría su nombre, sin apellidos, simplemente por agradecerle su cortesía: Victoria, respondió antes de que terminaran de pedírselo. Había acertado en todo, incluso en el nombre. Miriam no lo entendía. Y lo que ellos (o Miriam) no sabían es que esta viandante asaltada había mentido, solamente dos verdades salidas por su boca: Victoria y sin hijos. Acertó incluso en las mentiras que diría esta mujer. Tal era su habilidad para desvelar tras telones de simulación. Él decía: «Suelen ser las mentiras más verdades, que las que creemos que son, por ellas se movió el mundo en más ocasiones, y por ellas los sueños viven alimentando los sueños, la ilusión es el reino de la mentira, las verdades nublan nuestro entendimiento, no podemos aceptarlas, no las entendemos, no circulan fluido delante de nosotros, si apareciesen de pronto serían espectros de carne blanca; nuestras mentiras, son empeño nuestro, intrínseco a nuestro ser, con las que fabricamos un mundo de memoria ambigua, con las que andamos con la conciencia tranquila, con las que nuestros actos cobran coherencia, son argamasa de nuestras religiones… La verdad es una virtud impuesta por la falsedad que en el mundo impera: la hipocresía. Nadie quiere que le señalen la verdad. Quién lo diga miente. Las verdades parecen historias imaginadas. La verdad como dijo alguien es una estrella que estalló, y cada uno cogió un pedazo, el suyo.

La bóveda azul prendiendo, al amparo del ardor, a la par, el suelo reverbera luz clara, deslizándose tamos de vapor negro sobre la ciudad, vienen de las chimeneas de una fábrica. Calor. Exaltación nerviosa. Se tumbó en el suelo, encima de la alfombra, mirando el techo, con la bolsa sobre su estómago, podría estar dentro, así lo siente. Sus manos juegan con el nudo, con la textura del plástico, sus ojos con los bailes de la luz, sus pies se mueven al compás, sus pantorrillas, rodillas, pelvis, manos, brazos, antebrazos, hombros, trepidan con la fosca inabarcable de sus pensamientos. Sin embargo, distan de serlo,

son rumbos manejados por céfiros, o cierzos, imágenes borrosas entre el ramaje, dolores como agujas, revueltos con sonrisas. Las raíces hacen tropezar, las espinas rasgan. Desde fuera, si pudiéramos verla, si alguien estuviese cerca, apenas notaría un terremoto epidérmico, pero su interior es magma, ondas P y S las llaman los sismólogos, mueven al cuerpo en la misma dirección y perpendicularmente al epicentro que origina el temblor. Su foco es la agonía que le atenaza, el doloso invento de dar unos objetos a quien quiso a una persona viva. Cosas impregnadas de cal viva, que mata, que ahuyenta, que envenena la sangre hasta solidificarla cerca del corazón. Cosas y Miriam, un choque desacostumbrado, desigual, frenético. Como se dijo, si la mirásemos no notaríamos apenas movimiento, se mantiene pétrea contra el suelo. Levanta y baja sus brazos, ayudando a su pecho a hincharse hasta su límite, y luego a expulsar la angustia. Lo ha decidido, no abrirá la bolsa, por lo menos no ahora y sola, ahuecada entre las paredes de este cuarto donde compartieron sobre todo palabras. Incluso el sexo, para ellos era una excusa para luego dialogar, relajados en el duermevela cuando se abren algo más los pensamientos. Nunca quisieron oficialmente vivir juntos, eso a lo que llaman casarse, aunque compartieran casi todo el tiempo de sus vidas, para contarse aquello que el otro no había presenciado, iban a conciertos, al cine, o al teatro por separado, para luego contarse. A Miriam le gusta mucho la naturaleza, hacía excursiones con amigos o compañeros de trabajo. Santiago vagaba solo por la ciudad, y paraba en cualquier bar escuchando conversaciones, a las que él inventaba una historia. O pactadamente no se hablaban durante un día de la semana, frecuentemente el lunes, para que los pensamientos encerrados brotaran el martes con ímpetu. Les gustaba debatirse. Disputas que podían estirarse hasta la llegada del alba. Si se podía llamar amorosa a su relación, era consecuencia de un diálogo profesional.

Las paredes rebrotan negras, con el silencio dispuesto a comérsela de dentro hacia fuera. La bolsa calla sin ojos, hinchado su vientre, estrangulado su cuello, como un odre que estalló sin rasgarse. Dentro de la niebla existe un sendero, un agujero entre humo y polvo, un tramo de miel, de abeja lanceando al aire. El dolor es externo, es húmedo, es polen, es rúbrica. El término existe, junto a una luz que no deja ver. A través de las volutas de origen. Dédalo de imágenes

aprisionadas. La salida se intuye. El dolor la cubre. La remembranza tiene aroma a limón. El suelo es frío, pero es quien acoge cuando las piernas se apartan, no lo será tanto.

Dos

Una carretera, una curva, aunque estaba allí quieta y sigue allí. A la que se le podría culpar. Él la tomó con demasiada velocidad con el coche de la empresa. Se le contabilizará como víctima de la carretera, de la velocidad, de la fatalidad. Se culpará a un firme mojado, y a unos frenos que se bloquearon, en general a un coche con muchos años, o a una señalización deficiente. Pero de todo esto el único que en ese momento podría haberlo evitado era él, si hubiese controlado sus pensamientos que se arremolinaban en el pie, y sin darse cuenta transmitían a la máquina que únicamente se puede culpar de obedecer sin rechistar. Son parámetros abstractos, que en nuestra mente no encuentran asiento, sin embargo, la vida se va, y con ella lo que entendemos realidad con sus problemas, y así todo se termina siempre concretando justamente en un punto finito del tiempo y al mismo tiempo infinito. Venía huyendo, haciendo cuentas con lo que debería haber dicho. Nos pasa que en la batalla nos guiamos por el viento, nos preguntamos de donde soplará, y si deberíamos dejarnos coger, abovedando las velas para huir. Ese es el sentimiento aunque no el hecho, hacemos lo opuesto lanzándonos al opuesto, como un toro que embiste sobre el terror. Santiago entró al trapo, con su habitual vehemencia. Querían acorralarlo, él arremetió primero, el consejo de administración se había convertido en una merienda de blancos, con un blanco con nombre ya escrito en la cartera de descartes, un complot para darle la vuelta al rumbo, al suyo. Santiago gritó como un niño al que le quitaron su juguete, no reaccionó a tiempo y luego no lo mejoró olvidando recapacitar. Un adulto como él, curtido en batallas, debería haberlo previsto, y reaccionar más fríamente para no dar al enemigo además el gusto de ver todo el proceso de caída personal. Sus gestos se apagaron. Volviendo al símil de los toros, el capote ondeaba por la única puerta de salida, un túnel de final untado en falsa libertad.

Terminaba en la salida: en un finiquito ganado tras quince años levantando la empresa que otros timonearán. El cielo como suele pasar ante situaciones opresoras amenazaba, no sabemos si con Sol o con nubes oscuras, pero era un cielo amenazante cayendo plomizo, y la tierra igualmente aumentaba su gravedad, creciendo como un bizcocho, resquebrajándose en glebas arrancadas por un viento rasero que llenaba los ojos, mancillándolos. Todo esto Santiago no lo observa, cree que es por dentro, y su rabia se transfigura en odio hacia sí mismo. Se ceba con la carretera, juega con la suerte sin ser consciente, y un fallo, es bueno saberlo, hace desaparecer lo bueno y lo malo de esta vida. Hay quien le dijo que no cogiera el coche en ese estado de nervios, o quizá lo pensó, y en el arrepentimiento quiere hacerse creer que sí lo dijo. Ya lo dije, sabía que iba a pasar: se usan deseos futuros en pasados irrevocables. Son flabelos con los que refrescamos de peso nuestros actos. Por esta equivocación no conocerá a su hijo, que empieza a germinar sin que Miriam lo sepa todavía. Si no estuviera hundida en recuerdos y confusión habría reparado en el retraso de casi dos semanas, quizá lo tome como un alivio del cuerpo, que en ese momento necesita todas las energías para soportar la pérdida, y aquel cúmulo de cosas atrapadas, asfixiadas ya. Desde niña ha escuchado: el cuerpo es sabio, hay que hacerle caso. Si esto fuese verdad, moriría allí mismo, sobre la alfombra áspera de fibra de coco, que va dejando huellas de caminos ondulados en su cuerpo desnudo. Si escuchara la llamada enervada de su espalda, el llanto de su estómago, el vibratorio repicar de sus rodillas, se quedaría sorda. Sin embargo, seguiría escuchando a su cerebro, el que más habla, y del que no se necesitan facultades auditivas para percibirlo, no podría esconderse detrás de la sordera, detrás de nada, moriría si no fuese por esa capacidad del ser humano de no estar, de desconectar ante el abrumador alboroto del misterio y el dolor.

Tres

Miriam escucha la música que tiene a un volumen alto un vecino, y los recuerdos brotan. No teniendo constancia de ella misma se levanta. El dolor aletea como una mariposa manejada por el viento, esa melodía le da un empujón al cuerpo. Recorre habitación por habitación, hasta dar con el lugar de donde viene. Es *Muerte de amor de Tristán e Isolda* de Wagner. Pasajes musicales que apasionaban mucho a Santiago. Él murió por un odio ebrio de los componentes absurdos y alcohólicos de la culpa. Se olvido de su amor por ella, que la esperaba. Coloca su oreja pegada a la pared y Wagner explota pletórico, cerca cabalgan sus valquirias, atronando el delgado muro, limpiando el silencio sucio de silencio. El día se adivina en las diminutas luces que perforan las persianas, el cielo ya no será azul. Blanco lilial. Aunque el cielo vea todos los días atrocidades, despierta inmaculado, sin memoria. ¿Quién estará detrás? Ella siente que la esperan, que la reclaman. Se viste, su primera querencia fue ir como la trajeron a este mundo, se suele decir así, a este mundo venimos desnudos de cuerpo y alma, pero el alma jamás la podrá ya desnudar del poso de los años. Sale al rellano acercándose al vecino, terminaron las valquirias de cantar a Odín, llevándole las almas de los muertos en batalla a su gran sala bruñida, se pasó al canto enérgico de Rienzi, apoteósicas voces que desmiembran la angustia de Miriam, quebrantándola, haciéndole revivir momentos sublimes en la cama junto a Santiago con esta misma música de fondo. Siestas calientes a las cinco de la tarde con Wagner meciendo el deseo, después las palabras, el intercambió no menos vehemente de impresiones. La música evoca, sabe pinchar y recorrer en el surco adecuado. En ella los cauces están grabados por la ardiente respuesta, sí y mil veces sí diría en la cama ahora, sin saltos de pista fluiría el uno dentro, flotando en la unidad los dos, gritando de dolor sublime, mojando de sonidos las paredes, que como súplicas resbalan por los arañazos en

la espalda, adorando a la imagen y su sombra callada desde la ventana. Un Dios que dicen está en todas partes, dentro, fuera, en la angustia, en la felicidad, un Dios que erró, pues si no hubiera creado el deseo, no tendría que haberse ocupado de rebuscar e inventar un sentimiento tan inespecífico como la culpa, tan espacioso, tan saco en el que cabe todo, que se hizo imprescindible en cualquier acto humano, y en cualquier invento religioso. El hombre no se hubiera visto abocado a pernoctar días y noches bajo su dalmática por miedo que lejos de ella ese sentimiento fantaseado se diluyera cuando el aire soplara trayendo aromas a los sentidos. Los gritos pueden ser de placer, así el silencio puede ser por la desolación. El dolor es culmen, su ausencia es fin. Las contradicciones invocan, son un pulso cerrado con nosotros mismos. Quizá el desconocido vecino, hoy se resarce del tormento del ayer, de la envidia, de su propio silencio, de su propio anonimato…el vaivén de las olas es fuego, nuestro navío no corre, agarrado por las espesas lianas de algas, el sol resbala sus lágrimas secas por la superficie en calma del mar, Miriam es un madero enganchado también en este mar viscoso que son sus recuerdos, el dolor, la necesidad de encontrar la falsa música que le agujerea el cuerpo, la ausencia, el silencio interior, su mueca que ella no ve, pero que revela todo lo que una persona es por dentro. La cara de Miriam nos habla de su angustia, aunque algún día pasará, eso nos apunta y nos dice la experiencia, ahora es eterna, es inagotable, no tiene fin, ni salida, y Wagner como aquella flauta del flautista la atrae hacia el abismo, y al mismo tiempo la quiere salvar de él. La música es caprichosa, la hunde o levanta, igual nos pasa a nosotros. Miriam es también caprichosa y entre las notas elige con una minuciosidad completa. Nuestro oído está recorrido por fibras que se cruzan, que decantan, que suben y bajan, que oyen o escuchan, que filtran, que mienten, que advierten, que giran sobre sí mismas expulsando la incongruencia o la verdad, liliales o perversas, al oído fue a quien le inventaron más trampas los demagogos. Nos enganchan, nos han creado mundos imaginarios, para que nuestros ojos los busquen con ansiedad. Que dicen las mentiras y los chismes se sisean pegados a la oreja «embudo no selectivo». Aun dormidos dicen que oímos, como puede ser que despiertos no escuchemos. El vecino cambia de disco. Miriam quiere volver con Wagner, Mozart es una trampa repleta de sonoridad enjaulada, de alegría, de esperanza falsa, una maraña de

hojas secas crujiendo bajo el peso de unos pasos, desvirtuados por la letanía profunda de notas fáciles de escuchar. Si la viéramos con sus hombros cargados, con su espalda arqueada, nos daríamos cuenta, sin saber nada, de que es una mujer rendida. La bolsa la lleva pegada a su mano, ella no la cogió, no sabe que está ahí, si no supiéramos que es un ser inerte pensaríamos que no deseaba quedarse sola, otra vez en el sillón, acogida y recogida. Abandonada será sin haber llegado a encontrar la palabra precisa.

Miriam llama a la puerta, insiste, el rellano es oscuro, no entra la luz del sol, hay un ventanuco que apenas da un respiro al olor mohoso y de cocido antiguo incrustado en la pintura descolorida de las paredes, suenan cerrojos, vueltas de cerradura, los segundos se alargan, saldría corriendo, ya es tarde, se asoma una mujer sin desenganchar la última cadena, solo se ven sus ojos azules, y arrugas débiles, muy expresivas, en la frente. El pelo oscuro sin peinar.

—¿Qué quiere?

—Me gustaría hablar con usted.

—No me ha contestado.

—No sabría contestarle, solo hablar, he oído la música y…déjelo, no sé qué hago aquí.

—No, espere, entre, tenemos que hablar, tiene razón, ninguna de las dos sabe que es lo que hace enfrente de la otra, pero llegadas a este punto no se puede echar marcha atrás.

—No la comprendo.

—Me gustaría decirle que yo sí.

—Escuché a Wagner, y para mí esa música quiere decir mucho, tanto que no concebiría mi vida, sabe, se murió mi marido. Era su compositor favorito.

—Lo siento. Pase, necesitará hablar. Cuando entró la miró de arriba abajo parecía que con deseo

El comedor es amplio, derribaron muros y abarca casi toda la casa, un anchuroso ventanal, por donde entra la luz inundando la estancia, es aterciopelada, se espolvorea donde toca colores claros. Suave y agradable, es la cara de esta interlocutora que se presenta a sí misma como Inma, que sonríe escondiendo una reserva en los labios al no acompañar en todo a los ojos. Las dos mujeres se relajan ante una taza de té, hablando, apenas de nada que tenga sustancia, del tiempo o de

algún cotilleo, no quieren abordar, ni desbordar el momento mágico, sus manos traquetean la cuchara, haciendo música acompasada a sus fibras nerviosas que reptan atosigando. Actúa la cuchara como tralla de liberación nerviosa.

—Inma, ¿por qué pusiste esa música?

—Me gusta. Lo dice bajando los ojos.

—Wagner es magnífico, ¿verdad?

—Sí, apoteósico, no tengo ningún conocimiento sobre música clásica, disfruto de unos pocos discos que me regaló un amigo, el que tenía puesto es el que más me gusta, me adormezco en el sofá, lo pongo y el mundo también se adormece, y la vorágine de ahí fuera, no te imaginas lo que es trabajar vendiendo seguros. —Sin haberlo convenido ninguna de las dos, abandonan el tratamiento, y se hablan de tú.

—La verdad es que no, mi trabajo no es muy estresante aunque, como todos, también tiene sus pegas.

—¿En qué trabajas?

—Soy antropóloga, doy clases en la universidad, y en verano echo una mano en excavaciones de forma voluntaria, se vienen siempre algunos alumnos de mi clase, es la mejor época del año, conjugo mis dos pasiones, enseñar, y siempre se aprende, de mis compañeros que llevan las excavaciones, y de los propios jóvenes.

Tras un comienzo árido, sobre todo inesperado, los recelos se despintan. Miriam creía que se iba a encontrar otra persona detrás de la pared. Se flagela por sus malos pensamientos y al mismo tiempo se alegra. Hablan toda la tarde. Hace unas horas no se conocían, y una atracción está surgiendo. Cálida, demasiado entre dos mujeres, piensa Miriam. Le cuenta su historia última e íntima, y la bolsa sale a relucir. A Inma le ha interesado mucho, y pregunta, indaga sobre el objeto relleno de misterio. La conversación gira durante un buen rato alrededor de la oronda, punto y círculo que es centro desde que murió Santiago. Inma acoge lo que escucha como si tuviese que vérselas de ahora en adelante con ello. Mientras, sin pensarlo, las manos de ambas se agarran con una fuerza propia, con autonomía simpática o parasimpática, libran una lucha placentera, los dedos son los representantes de los deseos, que se saltan el filtro del sentido común, del raciocinio, ambas se desconocían apenas hace tres horas, una eternidad cuando la vehemencia nos arrastra, la química confluye en un tubo de ensayo,